

**José Montero Alonso. *Antología de Poetas y Prosistas Españoles*. Vigo: Tórculo, 2008, 450 pp.**

Los profesores José Montero Reguera y Alexia Dotras Bravo, reconocidos especialistas en la obra de Miguel de Cervantes, colaboran en esta ocasión para dar nueva vida en edición facsímil al laureado compendio literario de José Montero Alonso (Santander, 1904-Madrid, 2000): *Antología de Poetas y Prosistas Españoles*. Realizado en las primeras décadas del siglo pasado, este florilegio fue reconocido en su día con el Premio Nacional de Literatura; prestigioso galardón que se le adjudicó en 1928 y que solo un año antes había recaído en tres literatos de altura como eran Ramón Pérez de Ayala, Concha Espina y Wenceslao Fernández Flórez.

En el prólogo de esta reimpresión los editores nos brindan la oportunidad de conocer la trayectoria profesional de Montero Alonso, heredero de las inclinaciones culturales de una familia estrechamente ligada a la vida periodística y literaria de la época. Abocado desde edad temprana al ejercicio del periodismo, el autor supo labrarse una fructífera carrera en el Madrid de los años 20, donde consiguió hacerse un hueco en *Prensa Gráfica*, publicación a la que seguirían diarios como a *La Libertad*, *ABC*, *Madrid*, *Pueblo*, *Ya* o *Arriba*, entre otros. Asimismo, conjugó su trabajo en la prensa madrileña con la labor docente, la crítica teatral y la creación literaria; actividades por las que puede reconocerse en él a un perfecto hombre de letras.

En la segunda parte del prefacio se realiza un breve recorrido por la Historia de la literatura infantil española con el ánimo de establecer los precedentes inmediatos de una etapa, la del autor, en la que intereses editoriales e institucionales parecían viajar en una misma dirección: la defensa de una literatura en la que se tuvieran en cuenta los gustos y necesidades de los más jóvenes. En esta nueva realidad jugó un papel pionero la familia Calleja, fundadora en 1876 de la editorial homónima entregada a la difusión de obras infantiles y juveniles. El auge de su iniciativa despertó la conciencia gubernamental, que pronto entendería la utilidad de promover lecturas infantiles que cumpliesen con la máxima horaciana del enseñar deleitando. En respuesta a los intereses del Estado afloran en las primeras décadas del siglo XX nuevas iniciativas editoriales que apuestan por el éxito de esta tendencia literaria.

Es en esta atmósfera de convergencia entre educación infantil y literatura para niños donde la antología de Montero Alonso cobra verdadero significado. Su obra, como bien reza las bases de la convocatoria del Premio Nacional, es «un libro de lectura para las Escuelas nacionales de niñas y niños» (p. 37), donde se recoge una vasta, y a nuestro juicio, acertada selección literaria que abarca un período de ocho centurias, desde las primeras manifestaciones artísticas en el siglo XII hasta los autores coetáneos al compilador en pleno siglo XX. Sin olvidar en ningún momento el auditorio al que van dirigidos los textos, el autor ofrece un amplio abanico de escritores y creaciones literarias, donde además de las consabidas composiciones poéticas y narrativas, se incluyen fragmentos de obras dramáticas indispensables en nuestra historia teatral.

Es cierto, no obstante, que «los límites de extensión impuestos al libro han hecho que las muestras literarias de cada autor hayan de ser brevísimas. Y el tratarse de una obra para niños, para lectura en las escuelas, ha hecho también que en el libro falte algún autor y sobre, acaso, algún otro...» (p. 37). Con todo, estos condicionantes de los que el propio Montero Alonso da cuenta, no hacen sino incrementar el mérito del resultado, pues aunque reducidos, los ejemplos representan convenientemente cada período, sin que notemos grandes diferencias con selecciones efectuadas en repertorios actuales. Ha de tenerse presente, además, que aun siendo posible que los textos seleccionados no se correspondan siempre con los gustos del lector contemporáneo, estos han sido escogidos siguiendo criterios de adecuación al público infantil y no en pocas ocasiones, reflejan el sentir propio de la época, firmemente consagrado a regenerar el espíritu nacional en los más jóvenes.

Antecedan a cada autor o, en su defecto, a la obra literaria, introducciones que ayudan a contextualizar el escrito en su correspondiente movimiento artístico donde se incluyen sucintas pero precisas notas biográficas del creador y valoraciones estilísticas del conjunto de su obra. Lejos de levantar muros teóricos entre un texto y otro, estos breves apuntes didácticos perpetúan el estilo poético de la compilación, constituyendo semblanzas de una excepcional calidad literaria. Véanse como ejemplo las palabras dedicadas a la obra de Juan Ruiz: «A veces, entre la sucesión de cuadros vigorosos, burlones y risueños –culto apasionado de la vida y sus tentaciones–, asoma el gesto grave de unas palabras que quieren ser morales y ejemplares. Pero la risa fuerte y sana del buen arcipreste reaparece en seguida y llena casi todo este *Libro de Buen Amor*, poniendo en él continuamente una gran oleada de humor y de júbilo» (pp. 43-44).

El rigor crítico del colector y sus evidentes facultades como novelista fueron reconocidos ya en su momento por célebres escritores, que no dudaron en transmitir su admiración y agradecimiento al autor a través de cartas manuscritas donde podían leerse elogiosas declaraciones sobre su trabajo. Así, por ejemplo, Valle-Inclán confesaba: «Creo que es la primera vez que he visto recogido mi pensamiento de un modo justo. Es sorprendente cómo usted ha recogido los más ligeros matices» (p. 23); mientras que Pío Baroja reconoce abiertamente las aptitudes de Montero como novelista: «no he conocido hasta ahora a ningún escritor que dé tan fácilmente, y sin tomar nota alguna, la impresión de la conversación con una persona. Esas son condiciones de novelista que tendrá usted que ver de aprovechar» (p. 24). Como prueba fehaciente del buen hacer del periodista y de sus excelentes relaciones con los grandes literatos del panorama español de su tiempo, se recogen en esta edición los facsímiles de estas misivas para disfrute de su lectura al completo.

Conviene señalar que la dedicación de José Montero a la literatura infantil no se limitó a la realización de la presente antología. Conocidas y bien valoradas fueron sus adaptaciones de *Don Quijote de la Mancha* y la *Iliada*, así como biografías de hombres ilustres y dos cuentos de cosecha propia escritos en los años 40: *La perrita Pitti* y *La Argentina*. Tal entrega al mundo de la literatura infanto-juvenil lo sitúan como claro defensor de la conveniencia y necesidad de acercar nuestros

clásicos a los más pequeños, opinión que, sin embargo, encuentra detractores en algunas corrientes pedagógicas contemporáneas que consideran más apropiada la difusión de material nuevo específicamente creado para el niño.

La oportunidad de recuperar una obra de estas características se enmarca en el proyecto de investigación de «Literatura infantil y juvenil y su traducción», al amparo del Programa de estructuración de unidades de investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (Xunta de Galicia), en el que Montero Reguera y Dotras Bravo participan. Los editores, convencidos de que no toda literatura creada y consumida por adultos está vedada al disfrute y entendimiento de jóvenes e infantes, defienden la lectura de los grandes clásicos como «uno de los mejores modos de acercar al niño la literatura» (p. 18). Para demostrarlo, nada mejor que este volumen, reeditado con una exquisita presentación formal, en el que se nos invita a perdernos de nuevo en un «deleitoso paseo literario»(p. 26) de la mano de un autor que supo reconocer entre nuestras plumas más célebres un apropiado material educativo.

ANA BELÉN CHIMENO DEL CAMPO  
UNIVERSIDAD DE VIGO